

¿DEMÓCRATAS O “DEMO-CRAZIES”?

Examen crítico del “Global May Manifesto” de 2012

El colapso del mercado de los valores respaldados por hipotecas en EE. UU. en 2008 y la subsiguiente crisis bancaria y de la deuda soberana en Europa despertaron una gran ira popular cuya forma más visible fue el llamado movimiento “Occupy”. A lo largo de 2011, miles de personas –decenas de miles a veces– se reunieron para protestar en plazas y parques. El movimiento tomó su nombre de las manifestaciones del “Occupy Wall Street” que comenzaron en septiembre en Nueva York, aunque las más numerosas tuvieron lugar unos meses antes en España. En mayo de 2011, varios cientos de miles de personas se manifestaron en Madrid y Barcelona. Los más comprometidos crearon campamentos temporales que luego fueron imitados en EE. UU. y otros lugares². A menudo las protestas alcanzaron un carácter radical, incluso revolucionario. El orden existente no

Luke O'Sullivan es profesor asociado de Ciencias Políticas de la Universidad Nacional de Singapur, donde imparte Teoría Democrática. Ha publicado artículos en revistas como *History of Political Thought*, *History and Theory*, *Intellectual History Review*, *Philosophia*, y *Rethinking History*. Autor de la monografía *Oakeshott on History* (2003), es editor de las obras selectas de Michael Oakeshott (2004). Traducción de Guillermo Graño.

¹ Agradezco a Bjorn Gomes de Columbia University sus comentarios a una versión anterior de este artículo.

² <http://www.guardian.co.uk/world/2011/nov/30/occupy-movement-we-are-world> (visitada el 12 de septiembre de 2012).

debería ser reformado o re-regulado sino derrocado: “La única solución es la revolución”, proclama la página web del Occupy Wall Street³.

Naturalmente, hubo significativas diferencias locales en cuanto a las razones de la ira. Por ejemplo, España sufría niveles extraordinariamente elevados de desempleo juvenil no comparables a los de EE. UU. Pero en cualquier caso hubo también factores comunes tales como el colapso del mercado inmobiliario y un irresponsable préstamo bancario del cual los Gobiernos parecen cómplices. Puesto que un movimiento político requiere de algo más que de enfado para dar sus frutos, y puesto que una crítica frecuente al movimiento fue la ausencia de una agenda clara⁴, los manifestantes, en respuesta, redactaron en los primeros meses de 2012 el Global May Manifiesto, publicado en mayo⁵.

El documento no está firmado, aunque parece que al menos uno de los autores ha formado parte del movimiento de los “indignados”, grupo destacado en las protestas españolas⁶. Para tratarse de un manifiesto, el texto es corto, de unas 1.500 palabras solamente, pero proclama grandes ambiciones. Sus autores quieren bosquejar nada menos que una visión de “otro mundo”. Así pues, la primera de sus tres secciones expone una lista de “exigencias” sociales y económicas; la segunda propone varias reformas al orden financiero global; y la última ofrece una análoga lista de cambios políticos. A pesar de ser el trabajo de varias manos, proclama aspirar a la consistencia, describiéndose como el resultado de un largo esfuerzo “por reconciliar declaraciones escritas y refrendadas en diferentes asambleas alrededor del mundo”.

De hecho, el Manifiesto ya ha sido criticado por declarados anticapitalistas (de quienes probablemente se hubiera esperado su simpatía) por su arro-

³ <http://occupywallst.org> (visitada el 12 de septiembre de 2012).

⁴ La crítica hacia la falta de agenda fue hecha, por ejemplo, en <http://www.globalpost.com/dispatch/news/regions/americas/united-states/111101/occupy-americas-next-move> y colgada después por la CBS en http://www.cbsnews.com/8301-201_162-20128926/occupy-protesters-no-end-goal-no-end-in-sight (visitada el 12 de septiembre de 2012).

⁵ Para el texto completo del Global May Manifiesto véase: <http://www.peoplesassemblies.org/2012/05/may-12th-globalmay-statement> (visitada el 12 de septiembre de 2012).

⁶ http://www.alternet.org/newsandviews/article/928183/%27global_may_manifiesto%27%3A_statement_from_international_activists_with_occupy_other_groups (visitada el 12 de septiembre de 2012).

gancia al proclamar que representa al movimiento en su conjunto, por no mencionar explícitamente al “capitalismo” o al “neoliberalismo”, por ser insuficientemente revolucionario, e incluso, finalmente, por refrendar implícitamente el orden existente⁷. La crítica que expondré a continuación no se origina en este tipo de perspectiva comprometida. Aunque con toda seguridad es posible discutir los argumentos del Manifiesto, arguyo que en último término este debe ser leído como un signo o un presagio de problemas inminentes que no deben ser simplemente ignorados o desechados.

Desde este punto de vista es menos importante que el intento del Manifiesto de reconciliar posiciones en conflicto sea un fracaso, o que dé lugar a más preguntas que respuestas, cuanto que sea expresión de una ira sincera. Y, por supuesto, al menos parte de ella está justificada. Las ideas que dan lugar a esta ira pueden no ser coherentes, pero ignorar la propia ira es perjudicial para cualquier político sensato, cualesquiera que sean sus principios. De hecho, las ambigüedades de las ideas que contiene reflejan aquellas de las sociedades en que surgen. Las democracias occidentales siempre se han caracterizado por las tensiones que se originan en la búsqueda de dos bienes aceptados, prosperidad y libertad, y el Manifiesto es un espejo en miniatura de las fortalezas y debilidades resultantes de esta combinación.

Entre los más obvios problemas del Manifiesto está el de que, tomado en su literalidad, tiene momentos de absurdo utopismo e hipérbole⁸. Incluso pasando por alto el elemento fantástico, el Manifiesto contiene asunciones teóricas altamente problemáticas sobre la naturaleza de la democracia. También es bastante inocente acerca de los problemas de la toma de decisiones en democracia, a pesar de que estos han sido acertadamente puestos de relieve por la teoría democrática. En particular, falla en reconocer las diferencias entre negocio y política. Le falta sentido histórico, tiene muy poca sensibilidad para el contexto a largo plazo de los hechos que han dado lugar a su propia exis-

⁷ Para varias críticas al Manifiesto desde la izquierda, véase <http://anticapitalists.org/tag/occupy-roundtable> (visitada el 12 de septiembre de 2012).

⁸ Este artículo aplica el principio de caridad al asumir que los autores del Manifiesto realmente dicen de verdad lo que dicen. Puede darse el caso de que el documento sea un ejemplo de la clásica táctica negociadora consistente en comenzar haciendo peticiones extremas para asegurarse así un más moderado pero todavía aceptable acuerdo. No hay evidencia en cualquier caso de ello.

tencia. Niega toda responsabilidad de los habitantes de los Estados democráticos en general en la situación actual, ni como consumidores ni como ciudadanos. Finalmente, está mal informado al tratar como novedades problemas que ya han sido ampliamente tratados.

No obstante, también está la otra parte de la historia. Aquellos que ostentaban posiciones de poder y responsabilidad han fallado claramente en el cumplimiento de sus obligaciones. El Manifiesto defiende el Estado de Derecho frente a unos Estados modernos cada vez más tendentes a restringir las libertades de sus ciudadanos en nombre de la “seguridad”. Demuestra un apego real por la libertad individual que reconoce que en la vida hay algo más que dinero (a pesar de que también es profundamente consciente de que, para muchos, el dinero es, hasta cierto punto, una condición para la buena vida). Por último, apunta hacia reformas que pueden ser susceptibles de apoyo más allá del propio movimiento Occupy, aun siendo endeble en el tratamiento de los detalles.

El Manifiesto alcanza su apogeo utópico cuando declara que “además de pan, queremos rosas... en consecuencia exigimos la reducción progresiva de las horas de trabajo sin reducción de la renta”. La primera frase tiene un toque de humor que evoca deliberadamente el lenguaje del socialismo⁹. Pero la exigencia de trabajar menos horas sin una correspondiente reducción de la renta, obviamente, ni se trata de una broma, ni viene acompañada de un reconocimiento de la necesidad de aumentar entonces la productividad en compensación. En lo que a hipérbolos se refiere, aunque la observación de que “la crisis actual no es un accidente natural” que difícilmente puede ser negada –las crisis financieras no son análogas a terremotos o tornados–, la proclama de que “fue causada por la codicia de aquellos que hundirían el mundo” es, siendo generosos, una exageración.

Con seguridad ha habido mucha codicia en juego, pero la insinuación de que los responsables de la crisis querían de hecho “hundir el mundo” es

⁹ La frase fue usada por primera vez para simbolizar las demandas de los participantes en una huelga textil de 1912 en Massachusetts. Véase **B. Watson**, *Bread and Roses: Mills, Migrants, and the Struggle for the American Dream* (Penguin, 2006), p. 2.

absurda. Además implica que el desastre actual es producto de las intenciones de una conspiración secreta –una especie de plan siniestro bien ejecutado–. Efectivamente, la tendencia a preguntar “¿quién es culpable?” recorre todo el Manifiesto, a pesar de que una de las claves para captar la situación actual es comprender que nadie la planeó. Se trata, hasta cierto punto, de las consecuencias no previstas de políticas que fueron el fruto de un populismo benevolente.

El Gobierno de EE. UU. animó a los bancos a conceder créditos hipotecarios a sectores de la población cada vez más amplios para extender en la población la propiedad de vivienda tanto como fuera posible. Los creadores de la Eurozona creyeron estar asegurando una paz y prosperidad continuas para el continente. La reforma laboral trataba de proporcionar seguridad. Inicialmente, nadie involucrado en la creación de un mercado de los valores respaldados por hipotecas en los EE. UU. planeó el colapso y la destrucción de cientos de billones de dólares de riqueza¹⁰. Nadie de quienes ingeniaron una moneda única para Europa pretendió que acabara en una deuda soberana insostenible. Nadie en España pretendió crear un mercado de trabajo inflexible para producir desempleo masivo. Quizá todos estos fracasos fueron predecibles; en particular, seguramente ya fue anticipado, incluso antes de su introducción en 1999, que la Eurozona era un triunfo de la política sobre la economía¹¹. Sin embargo, tal cosa no es una prueba de la existencia de un plan malvado.

La solución del Manifiesto para la crisis (más allá de restaurar, continuar o extender el tipo de provisión de bienestar universal que los Estados europeos occidentales instituyeron después de 1945) es más control democrático sobre la economía: “Creemos que la economía debe ser gobernada democráticamente a todos los niveles, desde lo local a lo global. El pueblo debe tener control democrático de las instituciones financieras, las corporaciones transnacionales y sus *lobbies*”. Pero esta idea está lejos de ser novedosa. Se trata simplemente de la reafirmación de la vieja petición socialista de que los

¹⁰ A medida que este mercado crecía, algunos inversores se convencieron de que estaba fatalmente viciado y adquirieron un interés personal en su colapso; pero no fue inicialmente *diseñado* para colapsar. Véase **Michael Lewis**, *The Big Short* (New York: W.W. Norton & Co., 2012).

¹¹ <http://www.independent.co.uk/news/creation-of-the-euro-political-will-triumphs-over-arithmetic-1147373.html> (visitada el 12 de septiembre de 2012).

trabajadores tengan el control de los medios de producción, y padece de sus mismos problemas asociados que ya todos conocemos.

Muchas grandes compañías modernas emplearon trabajadores de diversos países distintos en varios puestos de trabajo. No hay razón para creer que los trabajadores de la cadena de producción estén cualificados para juzgar acerca del número de unidades del producto que la compañía debe fabricar, o dónde venderlos, o a cuánto. Pero si lo estuvieran y sus decisiones se aplicasen no solo en su país sino globalmente, entonces adolecerían de una falta de legitimidad democrática a los ojos de los trabajadores de los otros lugares.

Quizá en principio, este problema de legitimidad podría ser resuelto si todos los trabajadores de la compañía en el mundo tomaran las decisiones colectivamente, al menos en asuntos que se considerase que afectan a la compañía en su conjunto. Pero esto significaría coordinar regularmente opiniones de quizás miles de personas en todo el mundo, a lo largo de docenas de países (y lenguas)¹². El Manifiesto no muestra consideración hacia el inmenso coste de este ejercicio, por no mencionar el potencial caos y la parálisis que crearía.

Por otro lado, si las decisiones de los trabajadores de la compañía deben tener autoridad absoluta sobre las condiciones establecidas en su propio país, entonces la democratización propuesta de las entidades financieras y las compañías multinacionales implica en la práctica la disolución de tales compañías. Un primer atisbo de que fuera a ocurrir tal expropiación provocaría que los inversores retiraran su capital, causando así la caída en picado del valor de las compañías. No queda claro cómo las partes recién separadas del negocio serían financiadas cuando no fuesen percibidas como rentables para el crédito, y el Manifiesto permanece callado al respecto.

Aunque el Manifiesto no llama explícitamente a la desinternacionalización y a la desglobalización del comercio, algunas de sus disposiciones parecen fór-

¹² Por ejemplo, Intel Corporation es una compañía norteamericana, pero investiga tanto en Israel como en EE. UU., y tiene fábricas en Irlanda, China, Costa Rica, Malasia y Vietnam, así como oficinas en muchos otros países. Emplea alrededor de 80.000 trabajadores en todo el mundo. Véase <http://www.intel.com/content/www/us/en/company-overview/company-facts.html> (visitada el 12 de septiembre de 2012).

mulas para alcanzar tales objetivos. Si fuesen implementadas, el resultado más probable sería que absolutamente todos seríamos más pobres, incluidos los trabajadores cuyas vidas pretende mejorar. Así pues, aunque, en principio, la petición del Manifiesto de que los trabajadores tengan un “poder real de toma de decisiones en las compañías y empresas en las que trabajan” es inobjetable –cualquier buen negocio tratará de dar a sus empleados, tanto como sea posible, un sentido de pertenencia a un esfuerzo común–, el asunto es tratado de forma que hace caso omiso a las dificultades prácticas.

El Manifiesto tampoco acierta a considerar ninguno de los clásicos defectos de la democracia directa, tales como su tendencia inherente al faccionalismo. Votar es, por su propia naturaleza, un elemento divisor; sin hábitos moderados puede desembocar fácilmente en confrontación y conducir a reticencias duraderas o incluso a la violencia. Más aún, con el tiempo, el funcionamiento de la democracia tenderá por su propia naturaleza a producir jerarquías formales e informales caracterizadas por las desigualdades de poder. Hay gente simplemente más hambrienta de poder que otra, y esta llega a asumir las posiciones más destacadas. El Manifiesto, en cambio, no tiene nada que decir sobre el problema de la voluntad de poder. La versión secular del impulso hacia el pecado original no juega ningún papel en su teoría democrática. Le falta el inherente escepticismo hacia el poder que animaba, por ejemplo, a los padres de la Constitución de EE. UU.

La “democracia asamblearia”¹³ de la cual el Manifiesto es partidario quizá solo pueda ser pensada como capaz de evitar estos problemas, si se asume la existencia de algo parecido al concepto de voluntad general de Rousseau. De hecho, parece que el Manifiesto presupone una creencia de este tipo. Busca “el desarrollo de una democracia tan participativa como sea posible, incluyendo la democracia directa no representativa”. Como el propio Rousseau, está convencido de que, bajo estas condiciones, la mejor y más racional medida se mostrará de manera natural y obvia a todos los

¹³ J. Keane, *The Life and Death of Democracy* (London: Simon & Schuster, 2009) distingue tres fases históricas sucesivas de desarrollo democrático: “democracia asamblearia”; “democracia representativa”; y “democracia monitorizada”.

participantes sinceros en el proceso¹⁴. No llega a considerar en ningún caso que nadie tiene el monopolio de la sinceridad, o que la política real empieza en la decisión entre diversas medidas de las que solo ignoramos relativamente sus consecuencias.

Las aguas se enturbian más todavía con la concepción que el Manifiesto tiene de las “soluciones” propuestas por la audiencia. Dice explícitamente que no se dirigirá a “Gobiernos, compañías o parlamentarios” por considerarlos “ilegítimos, irresponsables o corruptos”. En su lugar se dirigirá directamente a las gentes del mundo. Cómo se supone que el pueblo, en ausencia completa de los mecanismos procedimentales o institucionales que proporcionan los Gobiernos, los parlamentos y las compañías, satisfará las “exigencias” de los autores del Manifiesto, permanece en la oscuridad total.

Para tomar en serio semejante posibilidad se requiere una considerable fe en la capacidad de autoorganización espontánea del *demos* sostenible por varios años –lo cual, probablemente, terminaría en la reproducción de las viejas formas institucionales, tras descubrir que no podría pasarse sin ellas–. Lo que es más, fracasa en identificar que el deseo de prescindir de todo proceso o procedimiento ha sido típico de las peores formas de populismo, tanto de izquierda como de derecha. El comunismo y el fascismo pretendieron trascender la política parlamentaria hablando directamente al pueblo. La renuncia del Manifiesto a aceptar la realidad mundana de los procesos legales, políticos y administrativos, por muy grande que sea la necesidad de reforma, es un gran fracaso. El cuidado por el debido proceso es parte de cualquier democracia real.

Esta total falta de consciencia de las complejidades que implica el trabajo diario en política y en el Gobierno se ve agravada por el fracaso en discernir las esferas política y económica. Nadie negará que, en la práctica,

¹⁴ La teoría rousseauiana de la voluntad general ciertamente no es idéntica en todos los aspectos a las ideas del May Manifiesto, ni tampoco es la fuente directa de estas ideas. Pero, no obstante, existe un paralelismo entre la asunción del Manifiesto de que las buenas intenciones y los principios morales son todo lo que cuenta en política, y la creencia de Rousseau de que los hombres “rectos y simples” no podrán errar al identificar correctamente lo que la voluntad general quiere hacer ley, porque su naturaleza garantiza que “todos han sentido ya” lo que es necesario, al mismo tiempo que los “pareceres y debates contradictorios” son un signo de deterioro político. Véase **Jean-Jacques Rousseau**, *El Contrato Social*, Libro IV Capítulo 1: “Que la Voluntad General es indestructible”.

ambas están íntimamente relacionadas; pero asumir que es posible tratarlas como idénticas es, como mínimo, controvertido. La democracia en una compañía y la democracia en una comunidad política no descansan sobre los mismos supuestos y no son valiosas por las mismas razones.

Una empresa debe estar unida, al menos formalmente, por metas y objetivos compartidos; pero compartir la pertenencia a una comunidad política no implica el mismo tipo de visión unitaria. Al unirse a una compañía, sus miembros se comprometen a compartir los objetivos comunes, y si se tiene un fuerte desacuerdo con el curso que está tomando, somos libres de buscar un trabajo diferente; la pertenencia a una comunidad política no es, en cambio, una elección para la mayoría de la gente, y la salida es generalmente mucho más difícil que un simple cambio de trabajo. Así pues, la libertad en un Estado democrático solo puede ser preservada permitiendo contener una pluralidad de visiones en cuanto a las metas y significados de la vida¹⁵.

Las diferentes versiones de la buena vida en conflicto que conforman el fondo del debate político en cualquier sociedad son inevitablemente producto de su propia y única historia, pero otro de los aspectos llamativos del Manifiesto es la ausencia de cualquier tipo de sentido histórico desarrollado. Parece tener poco oído para captar las fuentes de sus propias ideas o su propia situación histórica. Cualquiera que sea la visión que uno tenga del Manifiesto del Partido Comunista de Marx y Engels, este fue totalmente histórico, identificándose a sí mismo como el resultado de procesos que se remontan hasta el mundo antiguo y medieval. Ninguna visión comprensiva de este tipo se puede detectar en el Manifiesto y, en ese sentido, es absolutamente moderno.

Uno de los rasgos más característicos de la modernidad como fenómeno cultural es la ausencia de sentido de su propia ascendencia, irónica consecuencia de un tipo de progresismo que Marx y el siglo XIX en general propugnaron. Puesto que el presente es mejor que el pasado y el futuro será todavía mejor, el pasado es simplemente una versión menos satisfactoria del presente que no merece atención seria. Por eso les es posible a los autores re-

¹⁵ M. Oakshott, 'On the Civil Condition', en *On Human Conduct* (Oxford: Clarendon Press, 1975), 108-84, desarrolla en detalle este argumento.

ferirse vagamente a los “derechos adquiridos a través de largas y duras luchas por nuestros ancestros” cuando –si lo que tienen en mente es el reconocimiento explícito de los derechos sociales y económicos que están entre sus preocupaciones centrales–, estos derechos no tienen más de dos décadas de antigüedad y constituyen la excepción más que la regla.

Si el Manifiesto tuviese un sentido más acusado de las circunstancias que lo han producido, habría sido consciente de que lo que estamos presenciando, al menos en Europa y EE. UU., es la última fase del colapso del contrato social posterior a 1945. Este fue en EE. UU. una garantía para el empleo; en Europa fue la garantía de provisión universal por parte del Estado. Estas seguridades se fueron erosionando a comienzos de los años ochenta, pero la tendencia se ha acelerado. Al margen de las opiniones que uno tenga sobre el asunto, la provisión de prestaciones universales en Europa es cada vez menos asequible, y el dominio norteamericano de la economía global está en repliegue. A posteriori, el periodo que va desde el final de la guerra hasta los primeros setenta en Europa y EE. UU., cuando el surgimiento del bienestar moderno coincidió con la descolonización, ha sido tomado como una especie de norma cuando en realidad fue claramente la excepción.

En esta era, la reconstrucción de posguerra eclosionó dentro de casa y la continuación, para las dos primeras generaciones posteriores a la guerra, del antiguo modelo imperial de comercio, así como una curva demográfica favorable (la llamada generación *baby boomer*) hicieron viable la provisión universal. Quienquiera que tratase de preguntarse por los costes financieros a largo plazo, o que cuestionase los costes de introducir una nueva forma de dependencia del Estado se vería nadando a contracorriente. Al final de este periodo, la crisis del petróleo de 1973 y las grandes subidas de la inflación y del desempleo hicieron que, por primera vez, surgiera la duda en torno a la capacidad de los Estados occidentales para costearse su estilo de vida de posguerra.

La respuesta promovida en los ochenta por Gran Bretaña y EE. UU., en la forma de desregulación financiera y acotación del poder de los sindicatos, se hizo famosa en la izquierda como “neoliberalismo”. Desató una ola emprendedora y de crecimiento de la productividad que coincidió con la llegada de la era digital de Internet. Pero ahora ha quedado claro que

también ocasionó un mayor crecimiento de la desigualdad en tanto los precios de la propiedad crecieron dramáticamente y las clases profesionales comenzaron a ganar salarios insólitos. Ante estas consecuencias, los Gobiernos permitieron un masivo aumento análogo del crédito a los consumidores para hipotecas y consumo de todo tipo.

Durante un par de décadas, las consecuencias de esta explosión crediticia parecían benignas, y la experiencia de una prosperidad sin precedentes adormeció a muchos políticos, financieros y economistas en una irresponsable complacencia que conduciría en último término a la recesión global que comenzó en 2008¹⁶. Sin embargo, en el Manifiesto no parecen ser conscientes del papel que han desempeñado los ciudadanos democráticos en estos acontecimientos. Se queja de su falta de influencia política, diciendo que los “sistemas políticos ‘democráticos’, donde existen, han sido vaciados de contenido”.

Si esto es una queja hacia la influencia del dinero en la política, entonces tiene una base real en los hechos. La reciente sentencia del Tribunal Supremo de EE. UU., que usa la primera enmienda para justificar el gasto ilimitado de los Political Action Committees en beneficio de un candidato particular sin necesidad de revelar las fuentes de financiación, es realmente alarmante¹⁷. Sin embargo, a pesar de lo profundamente preocupante que resulte el aumento continuo de la relación entre política y dinero, esta no es la única razón para pensar que la democracia ha sido vaciada de sentido.

El declive de todas las formas de participación en política formal, desde la pertenencia a partidos hasta la participación de los votantes, debe hacernos pensar igualmente. Si la mayoría de los ciudadanos renuncia a tomar parte en la política, solo cabe esperar la disminución de su influencia¹⁸. Las manifesta-

¹⁶ En su intervención en el congreso del Partido Laborista de septiembre de 1999, Gordon Brown afirmaba haber terminado al fin con la “perniciosa inestabilidad económica... de los altibajos Tories que servían a los intereses de unos pocos privilegiados, pero dejaban desprotegidos y en peor situación a millones”: http://news.bbc.co.uk/2/hi/uk_news/politics/458871.stm (visitada el 12 de septiembre de 2012).

¹⁷ *Citizens United v. Federal Election Commission*, 558 U.S. 50 (2010).

¹⁸ <http://www.guardian.co.uk/uk/2012/jul/06/british-democracy-decline-report> (visitada el 12 de septiembre de 2012).

ciones masivas ocasionales no son un sustituto del compromiso cívico regular. De modo parecido, el Manifiesto se apresura a culpar a los intereses financieros y las compañías de todo, desde el declive de la democracia hasta la destrucción del medio ambiente, y no le faltan razones. Pero no se da cuenta de que los consumidores están al final de la cadena de suministro a través de las cuales las compañías entregan los productos a sus manos. Se queja de los bancos, pero no acierta a reconocer que el corolario del crédito imprudente en los países que han visto colapsar su mercado inmobiliario, como EE. UU., España o Irlanda, fue la petición insensata de préstamos. En el Manifiesto, “el pueblo” es muchas cosas, pero nunca responsable.

El Manifiesto también se ocupa a menudo de problemas que están siendo tratados muy activamente como si sus autores fuesen los primeros en haberlos advertido. La cuestión del desarrollo es un buen ejemplo. El Manifiesto trata de “condenar la distribución actual de los recursos económicos por medio de la cual solo una diminuta minoría escapa a la pobreza y la incertidumbre”. Pero las conquistas conseguidas por todos durante la generación anterior son un hecho destacable a nivel mundial; y en un tiempo de crecimiento de la población extremadamente rápido.

La población mundial es más del doble que la de 1950 y, desde los sesenta, este rápido crecimiento provocó funestas predicciones de que íbamos a ser incapaces de producir suficiente comida para alimentar al mundo. Lo que en realidad ha pasado, como ha mostrado Sen, es que las hambrunas ocurren simplemente debido a lo que este llama “fallos en el intercambio de títulos”¹⁹. La causa del desastre es el fracaso político, y no inadecuados recursos o tecnología.

Nadie puede dejar de lamentar tal masiva y horrenda pérdida de vidas. Pero también se debe tener en cuenta que, ante un semejante crecimiento inusitado de los seres humanos, las cosas podían haber ido mucho peor. No son una “diminuta minoría” los que han escapado de la pobreza y la incertidumbre en la última generación, como pretende el Manifiesto; son

¹⁹ A. Sen, *Resources, Values and Development*, edición ampliada (Harvard: Harvard University Press, 1997).

miles de millones de personas. Todavía hay cientos de millones de excepciones, pero en 2008, por primera vez en la historia, se tiene constancia de que la pobreza global ha descendido *en todas partes*²⁰.

Algo parecido ocurre con el ecologismo. Existen buenas razones para estar preocupados por los efectos a largo plazo en la atmósfera de la combustión de fósiles, la destrucción de los bosques, la contaminación de los ríos, la extinción de las especies y la extracción negligente de los recursos minerales y petrolíferos. Pero en los setenta el interés por tales cuestiones era irremediablemente considerado excéntrico. A principios del siglo XXI es una preocupación central hasta para Gobiernos como el chino, que no pueden ser tenidos por democráticos.

De nuevo, la exigencia de “democratización del acceso y gestión de los medios” está pidiendo algo que ya existe y que aumenta constantemente. Existen tendencias contrapuestas; muchos Gobiernos llamados democráticos así como autoritarios son muy aplicados en ejercer un control más amplio sobre las actividades de sus ciudadanos en Internet. Pero en general, los medios nunca han estado tan democratizados gracias a la revolución digital. Ahora hay más posibilidades de las que nunca ha habido para que la voz individual emerja de entre la multitud.

Concretamente, Internet ha creado todo tipo de nuevos foros para la autopublicación y la autopromoción. No solo el acceso es más universal; el contenido está disponible para todo aquel que quiera educarse. La “cultura” que el Manifiesto demanda con su pan y rosas nunca ha estado tan ampliamente disponible; gracias a Internet, prácticamente cualquier libro o apunte escrito antes de 1900 puede ser leído gratuitamente, y los museos están casi impacientes por mostrar sus colecciones *online*.

Cuando el Manifiesto pide que los medios “sirvan para educar al público, en contraposición a la creación de un consenso artificial en torno a políticas injustas”, está suscribiendo la idea de Chomsky de que los medios están principalmente ocupados en “fabricar consenso” para asegurar

²⁰ <http://www.economist.com/node/21548963> (visitada el 12 de septiembre de 2012).

la pasividad política de las masas²¹. Pero Chomsky, que ha apoyado públicamente al movimiento Occupy²², siempre supone que el sendero de la virtud está claro. Está la engañosa cortina de humo ideológica, y luego está la verdad sobre lo que se debe hacer. Lamentablemente, la estructura del discurso político no es así; ya resultaba claro para Aristóteles que, en política, potencialmente hay “verdad” en todos los lados²³.

Por último, la disposición de que “se deberían reconocer plenamente a las minorías étnicas, culturales y sexuales sus derechos civiles, culturales, políticos y económicos” está también aclamando causas a favor de la corriente. La rapidez con que la cuestión del matrimonio homosexual ha entrado en el *mainstream* de las causas políticas en Europa y EE. UU. es análoga a la rapidez del surgimiento del ecologismo, y asimismo contrasta notablemente con el diferentísimo clima moral de la generación anterior. No pretendo decir que estamos viviendo una utopía de tolerancia con respecto a las relaciones homosexuales, especialmente más allá del mundo occidental. Pero en Occidente, en cualquier caso, la dirección del viaje parece muy clara. Incluso el resto del mundo, incluyendo la sociedad islámica, se ha visto obligado a tratar cuestiones de sexo y género en los últimos tiempos.

Sería fácil extenderse en los defectos del Manifiesto, pero es más constructivo reconocer que también hay algo que decir en su favor. Debemos empezar reconociendo que el enfado mostrado con el comportamiento de los negocios no es simplemente fruto de una cuestión partidista. Ya hemos mencionado los problemas de la relación entre la política y el dinero; es imposible negar la afirmación del Manifiesto de que “la excesiva influencia de los grandes negocios en política... es hoy la mayor amenaza a la verdadera democracia”.

²¹ E. Herman; N. Chomsky, *Manufacturing Consent The Political Economy of the Mass Media* (New York; Pantheon Books, 1988).

²² <http://www.guardian.co.uk/world/video/2012/jul/06/noam-chomsky-occupy-movement-spark-video> (visitada el 12 de septiembre de 2012).

²³ La *Retórica* de Aristóteles reconoce que las posiciones políticas pueden ser “aparentemente persuasivas” y falsas (1355b). Aún más, aunque la verdad es “superior por naturaleza” a la falsedad (1355a), el objeto de la deliberación política no es la verdad sino la acción que traerá “ventajas o problemas” (1358b). Aunque el discurso político insiste en la posibilidad de razonar el camino hacia la verdad a través de una demostración silogística (1356b), el hecho de que el discurso político debe tomar siempre como material “asuntos que parecen admitir ser de una forma o la otra”, significa que inevitablemente contiene un elemento de sofistería, así como de dialéctica (1357a, 1359b).

Tanto en Europa como en EE. UU., los intereses del capital financiero han logrado cooptar Gobiernos, al menos parcialmente, al mismo tiempo que dejan a los menos afortunados financieramente expuestos a unas fuerzas del mercado distorsionadas; al menos eso cree un economista ganador del Premio Nobel. Según Joseph Stiglitz, en EE. UU. ha sido creado un sistema de protección para las compañías en aras del sistema bancario²⁴. En Gran Bretaña, los banqueros se han visto implicados en malas prácticas realmente criminales, no solo por manipular las tasas de interés, sino también por proveer de dinero a los servicios de blanqueo para cárteles de la droga²⁵.

La existencia de una relación notablemente cercana entre la política y los negocios tanto en EE. UU. como en Europa es indiscutible. El actual ministro del comercio del Reino Unido, Lord Green, fue anteriormente el CEO y el presidente de HSBC²⁶. Uno no tiene necesariamente que aceptar la visión de la *Rolling Stone* de que Goldman Sachs es un “gran calamar vampiro que asfixia a la humanidad”, para encontrar chocante la facilidad con la que sus empleados sénior pueden moverse hacia cargos públicos (a menudo no electos)²⁷. No es sorprendente que, en estas circunstancias, haya surgido la sospecha por parte del público de que una interesada élite financiera está controlando la po-

²⁴ <http://www.guardian.co.uk/commentisfree/2009/jun/12/america-corporate-banking-welfare> (visitada el 12 de septiembre de 2012).

²⁵ <http://www.guardian.co.uk/business/2012/jun/27/barclays-chief-bob-diamond-bonus-fine>; <http://www.guardian.co.uk/business/2012/jul/17/hsbc-executive-resigns-senate> (visitada el 12 de septiembre de 2012).

²⁶ <http://www.guardian.co.uk/business/2012/jul/19/hsbc-money-laundering-trade-minister-lords> (visitada el 12 de septiembre de 2012).

²⁷ Véase http://www.rollingstone.com/politics/news/the-great-american-bubble-machine-201004_05 (visitada el 12 de septiembre de 2012). Robert Rubin, el secretario del Tesoro de EE. UU. de 1995 a 1999 fue copresidente y socio mayoritario de 1990 a 1992; Henry Paulson, secretario del Tesoro de EE. UU. de 2006 a 2009 fue previamente presidente y CEO de 1998 a 2006. Mark Carney, gobernador del Banco de Canadá desde 2008 y presidente del Financial Stability Board del G20 desde 2011, trabajó en Goldman Sachs de 1990 a 2003, donde previamente fue director ejecutivo del Goldman Sachs Canada's Investment Banking. Mario Draghi, gobernador del Banco de Italia desde 2006, fue previamente vicepresidente para Europa. Robert Zoellik, representante de Comercio de EE. UU. del 2001 al 2005, vicesecretario de Estado de 2005 a 2006, presidente del Banco Mundial de 2007 a 2012 fue previamente vicepresidente de Goldman Sachs International. Romano Prodi, primer ministro de Italia desde 1996 a 1998 y de 2006 a 2008, presidente de la Comisión Europea de 1996 a 2004, fue previamente asesor y consultor en Goldman Sachs de 1990 a 1993. Para una lista más exhaustiva de los antiguos trabajadores de Goldman Sachs, que incluye varios dirigentes de la Administración Obama, véase <http://www.trendsresearch.com/reports/goldman-inter.pdf> (visitada el 12 de septiembre de 2012). Para un estudio completo de Goldman Sachs véase **W.D. Cohan**, *Money and Power How Goldman Sachs Came To Rule The World* (London: Allen Lane, 2011).

lítica mundial. Idealmente, el Manifiesto exigiría normas internacionales para sancionar la incompatibilidad en el desempeño de un papel sénior en corporaciones y la ocupación de cargos públicos, incluso si estas fuesen difíciles de poner en práctica.

Así pues, el Manifiesto tiene razón en preocuparse por la cooptación de Gobiernos por parte de las élites financieras, y en pensar que el resultado ha sido la permisividad hacia el florecimiento de comportamientos codiciosos e incompetentes. Paradójicamente, una de las razones por las que la competencia es buena para la sociedad en su conjunto es que estimula la cooperación; la gente tiene que trabajar junta para prosperar en el mercado. Pero puesto que, con todo, la competencia real implica por definición la posibilidad de riesgos y pérdidas, solo puede esperarse que los negocios, como las personas, hagan grandes esfuerzos por evitar estas consecuencias. Nada menos que un creyente en la libertad de mercado como Adam Smith fue muy consciente de que esta tendencia era parte de los negocios²⁸.

En lo que respecta a Gobiernos y políticos permitiéndose ser influidos por peticiones especiales (*lobbying*), o cooptados por intereses privados, el Manifiesto tiene toda la razón para estar furioso. No hay contradicción alguna en pensar que el capital financiero ha sido un gran invento de la humanidad, y que, al igual que cualquier herramienta poderosa, necesita de una cuidadosa regulación por parte del Gobierno. Esto significa garantizar que todas las ramas del Gobierno favorecen los mercados y no a los negocios, como ha tendido a ser el caso en años recientes. Cuando la gente contempla que los ricos usan su posición para protegerse a sí mismos de la competencia, no es sorprendente que decidan que también les gustaría practicar un socialismo entre ellos mismos.

El fracaso del Gobierno en tratar al capital como a un interés más es, de hecho, un aspecto del problema más general, a saber, la erosión del Es-

²⁸ Acerca del constante conflicto entre dueños y trabajadores, Smith apunta: “los dueños... nunca dejarán de pedir en voz alta la ayuda de los magistrados civiles y la rigurosa ejecución” de leyes contra las uniones de trabajadores. También le pareció digno de mención que no hubiese “acciones del Parlamento contra la unión para bajar el precio del trabajo, pero muchas contrarias a subirlo”. Véase **Adam Smith**, *An Inquiry into the Nature and Causes of The Wealth of Nations*, Bk I Ch. 5: “Of the real and nominal Price of Commodities, or of their Price in Labour, and their Price in Money”.

tado de Derecho. Cuando el Manifiesto proclama que la “justicia y la ley deben funcionar para todos y, de no ser así, ni la justicia ni la ley son tales” es imposible estar en desacuerdo. La igualdad ante la ley es la idea verdaderamente intrínseca a la democracia. Incluso la percepción de que la ley es “blanda” con el crimen de cuello blanco es perjudicial socialmente. De forma similar, cualquier demócrata debe simpatizar con las proclamas del Manifiesto a favor de una “total libertad de expresión, asamblea y manifestación, así como el cese de los intentos de censurar Internet”.

Los derechos de libertad de expresión y asamblea son fundamentales para la democracia, aunque deben equilibrarse con los derechos de quienes no comparten las posiciones de los manifestantes. Es importante que la propiedad no sea destruida en la manifestación –o, cuanto menos, que los manifestantes acepten que, si se diera el caso, sus acciones serían delictivas–. Es fundamental en todo caso una esfera pública libre en la que los ciudadanos puedan criticar abiertamente a sus Gobiernos sin miedo a represalias. Y cualquier poder de censura merece con toda seguridad nuestro recelo; de hecho, su única justificación posible es que la mayoría desee que exista.

En este contexto, la insistencia del Manifiesto en que debe haber “derecho a la privacidad dentro y fuera de Internet” y en que las “compañías y el Gobierno deben no estar implicados en tareas de minería de datos” debe ser aceptada. Sólo los partidarios declarados del autoritarismo negarían que la privacidad deba ser respetada, e incluso a ellos les gustaría preservar la suya propia. Es cierto que decidir qué entra dentro de la preservación de la privacidad en la era digital es un problema continuo, pues seguimos creando nuevos tipos de datos²⁹. Aun así, el principio es vital.

En este contexto, cualquier tipo de exigencia de libertad e individualidad que no fracase en reconocer adecuadamente a los demás debe ser bienvenida. La insistencia del Manifiesto en que “somos mujeres y hombres libres” es laudable y muestra que el documento es algo más que un lamento por la rápida evanescencia de la provisión de bienestar. Contiene una preocupación

²⁹ <http://www.wired.com/threatlevel/2012/05/google-wifi-fcc-investigation> (visitada el 7 de septiembre de 2012).

auténtica por la libertad, del tipo que se requiere en una ciudadanía democrática. Desafortunadamente, el Manifiesto falla en reconocer que una faceta vital de la libertad necesita de la existencia de un mercado en su más amplio sentido, es decir, de una sociedad civil: un mercado de bienes e ideas.

La sociedad civil es importante porque permite simultáneamente el desarrollo material e intelectual de nuestra individualidad mientras compartimos un espacio común, y una importante condición para esta posibilidad es nuestra voluntad constante de dejar ser a los demás, practicando lo que Geuss llama la *disattendability* (desatención cortés)³⁰. Las protestas son inevitablemente interrupciones tumultuosas de la rutina diaria que, al final, es lo que permite subsistir a la sociedad civil. Sin embargo, a veces una interrupción temporal de la rutina es necesaria y deseable. Una democracia civilizada debe ser capaz de sobrellevar durante un tiempo algunos tumultos.

Evidentemente, no hay forma de saber de antemano por cuánto tiempo las interrupciones pueden seguir o cuánto pueden extenderse antes de que el tejido de la sociedad civil comience a deshacerse; cuando esto ocurriera, los poderosos harían bien en prestar atención a su propio interés y buscar el problema que las ocasiona. Entre las sugerencias que el Manifiesto contiene de reformas que no consisten simplemente en la preservación de la extensión universal de la provisión de bienestar, está la abolición de los paraísos fiscales, el establecimiento de un impuesto para las transacciones financieras y la reforma de las instituciones financieras internacionales, incluyendo el FMI y el Banco Mundial. A grandes rasgos, estas sugerencias merecen como poco ser discutidas, incluso a pesar de que las razones que mencionan son a menudo dudosas.

Por ejemplo, el Manifiesto piensa que lo que se controlaría en la abolición de los llamados paraísos fiscales es la ‘especulación’, mientras que hay razones para pensar que lo que se vería más afectado es la habilidad de individuos ricos, incluidos muchos dirigentes de regímenes corruptos, para esconder dinero en lugares donde no se pueda encontrar. Por ejemplo, no menos de medio billón de los trece billones de dólares que presuntamente

³⁰ Véase R. Geuss, *Public Goods, Private Goods* (Princeton: Princeton University Press, 2001), 14.

están guardados en ellos es dinero que ha abandonado Rusia desde 1997³¹. Uno puede imaginarse el efecto que tendría en las vidas de los rusos de a pie la inversión de incluso una parte de esa cantidad en la última década.

Sin embargo, los Gobiernos europeos y norteamericano han competido los unos con los otros en crear las llamadas “jurisdicciones secretas” para proveerse a sí mismos con fuentes de ingresos y mantener las antiguas relaciones coloniales e imperiales. Hay pocas razones para creer que esto pueda contribuir de alguna manera a la eficiencia del mercado³². Desmantelarlas sería un largo y lento proceso, gracias a los poderosos intereses creados a los que habría que enfrentarse, pero existen indicios de una creciente hostilidad hacia ellos en las políticas, aunque solo sea por el propio interés de los Gobiernos, desesperados por obtener ingresos³³.

La petición del establecimiento de una tasa para las transacciones financieras es también problemática si se toma muy literalmente, pues su éxito dependería de una implementación realmente global. En caso contrario, habría simplemente más transacciones en las jurisdicciones que no la imponen. Pero tomada como una petición general, es del todo sensata; Warren Buffett, uno de los inversores más importantes en todo el mundo, ha declarado públicamente que no ve razón por la cual él debiera de pagar impuestos en menor proporción que su secretaria³⁴. Los códigos tributarios de los países más desarrollados son demasiado largos (en EE. UU. el código entero casi llega a los cuatro millones de palabras³⁵) y están plagados de exenciones que preservan todo tipo de ineficiencias en nombre de intereses especiales.

³¹ <http://www.guardian.co.uk/business/2012/jul/21/global-elite-tax-offshore-economy> (visitada el 12 de septiembre de 2012).

³² Véase **N. Shaxson**, *Treasure Islands And The Men Who Stole The World* (London: Bodley Head, 2011).

³³ <http://www.guardian.co.uk/uk/2012/jun/26/tax-crackdowns-threaten-channel-islands>; <http://www.guardian.co.uk/business/2012/jul/22/private-banks-swiss-accounts-coutts-tax> (visitadas el 12 de septiembre de 2012).

³⁴ <http://www.guardian.co.uk/business/2012/may/05/warren-buffett-shared-sacrifice-tax> (visitada el 12 de septiembre de 2012).

³⁵ <http://www.economist.com/node/18359882> (visitada el 12 de septiembre de 2012).

Hay otros ámbitos que el Manifiesto no menciona y que permitirían una mayor recaudación sin requerir una coordinación internacional o sin causar un desastre económico. Un ejemplo son los impuestos de sucesiones. En la actualidad, los ingresos de EE. UU. recaudados de todas las formas de ganancia de capital están entre el 8 y el 9% del PIB; los impuestos de sucesiones representan menos del 1%, aunque sí representen una importante fuente de desigualdad social³⁶. Si el dinero extra fuese usado para crear fuentes alternativas de crédito, por ejemplo, permitiendo a los Gobiernos locales prestar a iniciativas empresariales incapaces de obtener préstamo bancario, y que estén listas para contratar a lugareños, entonces tal cosa sería congruente con la filosofía del Manifiesto.

Hay, finalmente, una clara necesidad de reforma de las instituciones internacionales, a pesar de que el Manifiesto no ofrece sugerencias acerca de la forma que estas debieran tomar³⁷. Es del todo evidente que la primacía europea y estadounidense en el FMI y el Banco Mundial, por no hablar de las Naciones Unidas, refleja un orden de cosas post-1945 ya extinto. La polémica por la presidencia del Banco Mundial en el año 2012 tal vez sea la última ocasión en que los norteamericanos impongan a su candidato favorito³⁸. Sin embargo, cuando se trata de cambios de tal magnitud, a menos que se introduzcan en el contexto de un mundo reducido a ruinas por la guerra y, por tanto, susceptible de ser tratado como una pizarra en blanco, estos solo pueden llevarse a cabo en el curso de décadas.

En principio, por supuesto, un orden internacional en el que los Estados ricos y poderosos no puedan comportarse simplemente como les plazca, y los Gobiernos no puedan masacrar a sus ciudadanos, sería una mejora respecto a la situación actual. Pero el Manifiesto ignora en general lo que ya se ha logrado en este sentido. Su demanda de “un tribunal internacional para perseguir crímenes sociales, económicos y ambientales perpetrados por los

³⁶ *The Economist Online Edition*, 4 de mayo de 2012 (visitada el 12 de septiembre de 2012).

³⁷ Para un intento serio de imaginar la forma de revisar la arquitectura constitucional del mundo, véase **G. Monbiot**, *The Age of Consent: A Manifesto For A New World Order* (London: Flamingo 2003).

³⁸ <http://www.guardian.co.uk/business/2012/apr/16/world-bank-president-jim-yong-kim> (visitada el 12 de septiembre de 2012).

Gobiernos, las corporaciones y los individuos” ignora los esfuerzos existentes para ampliar el alcance del derecho internacional, tales como la creación de la Corte Penal Internacional en 2002. Por lo general, también, pasa por alto las complejidades políticas de lo que pide: en el Mar de la China Meridional, ¿quién se atrevería a decir ahora algo que todas las partes coincidan en considerar un “crimen económico cometido por un Gobierno”?

En última instancia, las frecuentes caídas del Manifiesto en la autocomplacencia son el perverso reverso del éxito del orden de cosas que han vivido las dos últimas generaciones y que precisamente condena; posiblemente, solo alguien inconsciente de cuán próspero es y cuán protegido está, podría hacer algunas de las declaraciones que este contiene. Pero el Manifiesto también nos obliga a reconocer que este éxito fue relativo y trajo nuevos problemas, aunque resolviera otros viejos. El mundo en su conjunto es, sin duda, mucho más rico de lo que era hace cincuenta años. Sin embargo, incluso en los países más ricos, los beneficios se han distribuido de manera muy desigual, lo cual contradice las promesas políticas que se hicieron en la década de los ochenta.

Tradicionalmente, los economistas han atribuido estas crecientes desigualdades a la globalización; aquellos con habilidades difíciles de encontrar pueden exigir precios más altos. Por una curiosa coincidencia, los que supuestamente están más versados en economía eran los que tenían algunas de las habilidades más valiosas. Lamentablemente, sin embargo, el fracaso en masa de los académicos en economía y de los analistas para prever el diluvio que estaba a punto de alcanzarlos les ha hecho confesar que, tal vez, sus teorías habían sido falsadas por la experiencia después de todo. El interés propio no ha dado lugar a una autorregulación³⁹. Sucesos improbables han resultado ser mucho más probables de lo que los cálculos anteriores habían sugerido⁴⁰.

³⁹ <http://www.guardian.co.uk/business/2008/oct/24/economics-creditchunch-federal-reserve-greenspan> (visitada el 12 de septiembre de 2012).

⁴⁰ http://www.wired.com/techbiz/it/magazine/17-03/wp_quant?currentPage=all (visitada el 12 de septiembre de 2012).

Poner fin a la arrogancia de los banqueros centrales europeos y de los financieros no es malo, pero en contra de lo que pretende el Manifiesto, su castigo no marca el comienzo de “una primavera global en todo el mundo”. Durante la última generación, el mundo en su conjunto dio la espalda definitivamente al socialismo para dirigirse al capitalismo (aunque esto de ninguna manera descarta el continuo papel del Estado en la economía, en particular en regímenes autoritarios como China y Rusia), y no parece que vaya a cambiar ahora. Nos encontramos en el inicio de la primera época capitalista verdaderamente global, una época en la que Occidente tendrá que tratar con gran parte del resto del mundo en términos mucho más equitativos.

Así pues, lo que estamos viviendo no es el fin del capitalismo, sino otro de sus periódicos y dolorosos renacimientos, provocados en parte por los cambios estructurales en las relaciones y fuerzas de producción, como los marxistas predecirían, pero también en parte por la complacencia y la arrogancia de las sociedades occidentales, así como de sus Gobiernos y compañías. Que bajo el Gobierno de Berlusconi solo Zimbabwe y Haití logran tasas más bajas de crecimiento económico que Italia es una acusación irrefutable al tipo de compadreo que le ha dado al “capitalismo” su mal nombre⁴¹. Para resolver estas dificultades y asegurar la continuidad de la prosperidad, el cambio es ahora vital. Antes de la crisis financiera, Grecia no había emitido una licencia de transporte por carretera nueva desde el año 1971, lo cual simboliza la falta de competencia y la tendencia a la impenetrabilidad en los oficios y las profesiones que ha dañado particularmente a los países mediterráneos⁴². Y ya ha sido demasiado bien documentado como para requerir comentario lo esquivas que han sido las clases medias griegas a la hora de pagar sus impuestos.

Sin embargo, las reformas deben ser gestionadas con cautela. El Manifiesto es solo uno de los muchos signos evidentes de que no todo está bien. En Europa, las reformas en la legislación laboral, en los impuestos, las prestaciones

⁴¹ <http://www.economist.com/node/18805327> (visitada el 12 de septiembre de 2012).

⁴² <http://www.economist.com/node/21543522> (visitada el 12 de septiembre de 2012).

de la seguridad social y las pensiones son necesarias. Pero teniendo en cuenta que es muy probable que el resultado a corto plazo de estas políticas deje a la mayoría aún peor, los políticos harían bien en recordar que, cuanto mayor sea la desigualdad, más probable resultará un brote de resentimiento –incluso si los que sufren las consecuencias han sido cómplices en la creación de la situación–. Esto, al final, no tiene nada que ver con la democracia; es lo más cercano a una verdad política universal que uno pueda encontrar.

A pesar de las protestas Occupy de 2011, Europa y Estados Unidos no parecen estar al borde de un tipo de levantamiento revolucionario violento como los que estallaron en el Oriente Medio y África más o menos al mismo tiempo. Estos fueron desencadenados por gente mucho más pobre y más oprimida que los europeos. Dicho esto, Europa Occidental es más peligrosamente inestable ahora de lo que ha sido durante toda una generación, desde principios de los setenta. Aunque las comparaciones con la Europa de la década de los treinta sean probablemente prematuras, los acontecimientos que han ocurrido en todo el Mediterráneo son un recordatorio de cuán repentinos e impredecibles pueden resultar los colapsos políticos. Sería muy complaciente por su parte, a la luz de su propia historia en los últimos doscientos años, que los políticos europeos (o incluso los americanos) se imaginen ser de alguna manera naturalmente inmunes a perturbaciones similares.

No hay que olvidar que lo que el Manifiesto dice que le gustaría instigar es exactamente una revolución, pasando así por alto una de las más claras enseñanzas de la historia –que rara vez uno consigue la revolución que desea, aunque en el curso de ella muera mucha gente–. Demuestra una tendencia persistente hacia un tipo de retórica que podría describirse como “secularmente apocalíptica”, en la que el orden democrático existente es tan incorregible que lo único que se puede hacer es echarlo abajo y empezar de nuevo. Veamos, por ejemplo, sus declaraciones de que “en todos los niveles, local, nacional, regional y mundial, deben considerarse nuevas Constituciones para las instituciones políticas”, o que debe ser escrita “una nueva Declaración Universal de los Derechos Humanos, adecuada al siglo XXI, escrita de una manera participativa, directa y democrática”.

Toda Constitución puede mejorarse, pero alterarlas todas a todos los niveles al mismo tiempo solo produciría caos. Y no se trata simplemente de que los votantes a menudo rechazan los cambios constitucionales que se les proponen. Tampoco debemos sorprendernos de que este énfasis en las Constituciones, aunque ciertamente es una indicación de su consideración hacia al Estado de Derecho, es totalmente contradictorio con el deseo expresado por el Manifiesto de pasar por alto todas las instituciones gubernamentales existentes. Como hemos visto, tales contradicciones abundan en todo el documento. El problema de fondo es que el Manifiesto parece creer (como Kant y Paine creían del republicanismo) que una política justa se sigue naturalmente de una buena Constitución, cuando en realidad la distribución del papel de las agencias del Estado no significa nada en ausencia de hábitos adquiridos en los procesos adecuados y en las disposiciones establecidas de buena voluntad. Estas cosas tardan mucho tiempo en surgir y no pueden, por su propia naturaleza, ser resultados de políticas o legislaciones.

Que cualquier intento práctico de aplicar la mayor parte del Manifiesto sea una receta para el desastre es, sin embargo, una excelente razón para asegurarnos de que las circunstancias que lo produjeron no se repitan. El pensamiento a corto plazo es la maldición de la política de las democracias electorales: las lecciones aprendidas en una generación, o incluso por un solo Gobierno, han sido olvidadas por la siguiente. Se hacen pues necesarias reformas institucionales que ocupen el lugar de la memoria en la prevención de los peores excesos fiscales y financieros de los Gobiernos, los consumidores y los bancos. Mientras tanto, los gobernantes sensatos desearán la satisfacción general. La sociedad debe pagar por la paz y la tranquilidad de alguna manera, y, en última instancia, las opciones son o una represión autodestructiva o la garantía de que las personas puedan encontrar sustento. Esto es así incluso en democracia. Dejemos que uno de los más grandes realistas políticos tenga la última palabra: “lo público no puede ser puesto a dieta”⁴³.

⁴³ **T. Hobbes**, *Leviathan*, Libro II Capítulo. 24: ‘Of The Nutrition, And Procreation Of A Commonwealth’.

PALABRAS CLAVE

Valores occidentales • Pensamiento político • Derechos fundamentales y libertades públicas • Estado de Derecho

RESUMEN

El presente artículo se vale de la teoría política, de la historia del pensamiento político y de la vasta cobertura periodística del movimiento “Occupy” para ofrecer una perspectiva crítica del *Global May Manifesto*, el documento más ampliamente difundido que haya salido de las protestas de 2011-2012. Sostiene que el propósito del Manifiesto de ofrecer una visión coherente de un nuevo orden es un fracaso evidente que, con todo, no debe ser desestimado por dos razones. En primer lugar, porque, aunque es posible hacer una larga lista de sus deficiencias, no todas las demandas del Manifiesto son incoherentes o carentes de sentido. Demuestra una genuina querencia por la libertad además de ofrecer, cuanto menos, algunas sugerencias de reforma plausibles. En segundo lugar, incluso siendo enteramente incoherente, el enfado que le dio nacimiento no debe ser ignorado desde un punto de vista meramente pragmático. Es un símbolo de la inestabilidad y las actuales turbulencias por las que atraviesa el mundo occidental en general, que los políticos sólo pueden ignorar bajo su propio riesgo.

ABSTRACT

This article draws on political theory and the history of political thought and on the extensive press and periodical coverage of the ‘Occupy’ movement to offer a critical perspective on the Global May Manifesto, the most widely disseminated document to emerge from the protests of 2011–12. It argues that the Manifesto’s claim to provide a coherent vision of a new order is an evident failure, but that nevertheless it ought not to be dismissed, for two reasons. First, although it is possible to compile a long list of its shortcomings, not all of the Manifesto’s demands are incoherent or nonsensical. It displays a genuine attachment to freedom as well as offering at least some plausible suggestions for reform. Second, even if the Manifesto were entirely incoherent, the anger that gave rise to it ought not, on purely pragmatic grounds, to be ignored. It is a symbol of the current instability and turbulence of the Western world at large which politicians ignore at their peril.

BIBLIOGRAFÍA

- Geuss, R.** (2001):
Public Goods, Private Goods (Princeton: Princeton University Press).
- Herman, E. y Chomsky, N.** (1988):
Manufacturing Consent The Political Economy of the Mass Media (New York; Pantheon Books).
- Hobbes, T.**
Leviathan.
- Keane, J.** (2009):
The Life and Death of Democracy (London: Simon & Schuster).
- Lewis, Michael** (2012):
The Big Short (New York: W.W. Norton & Co.).
- Monbiot, G.** (2003):
The Age of Consent: A Manifesto For A New World Order (London: Flamingo).
- Oakeshott, M.** (1975):
'On the Civil Condition', in *On Human Conduct* (Oxford: Clarendon Press).
- Rousseau, Jean-Jacques**
El Contrato Social.
- Shaxson, N.** (2011):
Treasure Islands And The Men Who Stole The World. (London: Bodley Head).
- Sen, A.** (1997):
Resources, Values and Development, expanded edition (Harvard: Harvard University Press, 1997).
- Smith, Adam**
An Inquiry into the Nature and Causes of The Wealth of Nations.
- W.D. Cohan** (2011):
Money and Power How Goldman Sachs Came To Rule The World (London: Allen Lane).
- Watson, B.** (2006):
Bread and Roses: Mills, Migrants, and the Struggle for the American Dream (Penguin).